

hazañas, el miedosísimo doctor Lejeune. Iba por la plaza cuando se encontró de manos á boca con el jinete que había sido recibido á tiros cuando iba á parlamentar. El chinaco estaba ebrio y sabía la participación de Lejeune en aquellas cosas.

— Doctor, le dijo deteniendo el caballo, ¿qué manera consideraría usted más expedita de matar á un hombre?

— Un tiro de revólver, respondió Lejeune, temblando de terror.

No había acabado de decirlo, cuando sonó un disparo que hizo caer muerto al desgraciado físico.



CAPITULO V

Prisionera

Los vencedores tuvieron buen cuidado de quitarnos las armas y de colocarnos en fila; pero se olvidaron de algo que nos interesaba un poco más que todas aquellas operaciones; de darnos de comer y de beber. Y no era que desearan matarnos por inanición, sino que para hacer aquellas buenas obras tropezaban con una dificultad insoluble por el momento: la dificultad de contar las raciones. Dos coroneles barbudos, de chaparras de chivo, guangos á la cintura, sombreros aplastados y grandes puros en las sendas bocas, recorrieron las filas tratando de hacer una cuenta de nuestras personas; pero ¡ay! la operación elementalísima de la adición no era tan familiar para aquellos guerreros como la de herir y violar que practicaban á diario, y todo fué bulla y confusión durante un buen rato.

— Aquí van doce pares, *Cantaritos*.

— ¡Ah, qué Madaleno tan bruto. No se cuenta por pares, se cuenta por manos, es decir, de cuatro en cuatro.

— Voy á empezar por docenas... uno, dos, tres...

— A mí me salen cuarenta y cinco.

— A mí, hasta este pelón de la cabeza descalabrada, me salen cuatro trillones, cuatrocientos millones cincuenta mil ciento unidades.

— Volvamos á empezar.

— Sí, á empezar.

— ¿Cuántos sacas?

— Seiscientos ochenta.

— Yo setenta y seis.

— No puede ser.

— Sí puede ser.

— Dile al maistro que te devuelva lo que le pagaron porque te enseñará la aritmética.

— Pos me parece que el tuyo no era mejor.

— Lo que es mejor es mi machete.

— ¿Qué de veras, Miramón?

— Como te lo digo, Concha.

— Bueno, vamos haciendo juntos la cuenta.

— Eso es...

— Vamos... Uno, dos...

Hasta cuatro veces hicieron el recuento, y en la última, después de gastar más materia gris que la que le

costó á Leverrier averiguar la existencia de Neptuno, decidieron que éramos ciento ochenta entre belgas y mexicanos; es decir, que habían caído en la acción setenta de los míos y más de cien aliados. Entre los belgas estaban el pobre capitán Chazal, hijo del ministro de la Guerra en Bélgica, que aunque duró vivo algunas horas no llegó á recobrar el conocimiento ni á hablar palabra hasta la noche, en que acabó; el capitán Lannoy, el subteniente Vandebussche, los sargentos Autrebaud y Delplace y dos ó tres oficiales cuyos nombres no recuerdo. Heridos quedaron el mayor Tydgat, el capitán Shcrimayers, el teniente Charlot y muchos sargentos, cabos y soldados.

Ya estábamos contados, ya se sabía á ciencia cierta quiénes y cuántos éramos; pero surgía aún una duda formidable: ¿nos numeraban para diezmarlos ó para darnos de comer? ¿nos habían perdonado á todos ó á todos nos iban á fusilar? Impotente para decidir me eché de bruces en el suelo del portal donde nos aglomeraron, y me dormí con ansia animal de descansar un buen rato, sintiendo un gran bienestar con el reposo. A poco me despertó la suela de un zapato que vagaba entre mi espalda y mis riñones, é inmediatamente me puse en pie deseosa de no recibir otra caricia igual.

— ¡Andenle, cobardes, ándenle, *sinvergüenzas!*... ¡A la plaza de toros!

Y á la plaza de toros fuimos á dar no sin grandísimo temor de mis compañeros, que lloraban de dolor al pensar que se les iba á sacrificar sin remisión en honra de algún dios local á quien quisieran propiciar los chinacos.

— ¡Dios mío! gritaban, ¿nos irán á destrozarnos para sacarnos el corazón y ponerlo á los pies de cualquiera de sus absurdas divinidades?

— ¡No! exclamaban los demás; se trata de hacernos combatir unos con otros para quitarse la mancha que caería sobre ellos después de un fusilamiento en masa.

— ¡Lo que á ellos les importan todas las manchas del mundo! Van á divertirse con nosotros haciéndonos torear toros bravos, y perdonarán de seguro al que mejor se porte en la lidia.

— ¡Yo sé sacar vueltas! decía un [ran]chero mexicano.

— ¡Yo no he visto nunca frente á mí más que vacas de ordeña! gemía un europeo.

— ¡Lo mismo que yo!

— ¡Y que yo!

— ¡Maldita suerte!...

La plaza de toros no tenía forma de tal. Era un gran corral bardeado en que se representaban comedias, si había alguna compañía dramática trashumante que, ha-

biendo agotado los pastos de cualquier pueblo inmediato, quisiera probar fortuna en Tacámbaro; era local destinado á la maroma, cuando llegaba una cuadrilla de volatines con modestas pretensiones; era plaza de toros, palenque de gallos, lugar de exhibiciones de títeres, y hasta salón de baile, si venía á la mano.

Cuando el jefe del punto echó la llave dejándonos en poder de unos cuantos soldados puestos para cuidarnos, empecé á sentir algo como asco, como horror; después se me acentuó en el estómago un hueco, un vacío que parecía comunicarse con el de la boca y producirme grandes bostezos, y al fin conocí que tenía hambre, hambre cruel, canina, terrible, y que había imposibilidad absoluta de saciarla, á no ser con tierra y piedras, que era lo único que abundaba por allí. Registré mis bolsillos, pedí á mis compañeros, busqué cuidadosamente por el suelo, pero nada vi ni hallé nada. A poco empecé á mirar nublado, sentí náuseas y perdí el sentido...

Me despertó algo fresco que me aplicaban á los labios y que me hizo abrir los ojos con placer.

— ¡Muerto! ¡Qué muerto va á estar!

— ¡Muerto está! replicaba una voz con acento extranjero.

— ¡Vas á ver cómo se alivia!... ¿Ves cómo abre los ojos?

— Dale más aguardiente... Ea, está salvado. ¿Me co-

noces, Van Haens?... Soy yo, tu amigo, tu compañero, Gheude, el sargento Gheude.

Oía bien, ya lo creo que oía; pero nada, nada veía y eso me hizo horrorizarme.

— ¡Dios mío! grité en español, sin acordarme del disfraz ni de Cristo que lo fundó; ¡estoy ciega!

— ¡Qué ciego vas á estar, hombre! exclamó entre risas la voz femenina; ten en cuenta que ya es de noche: mira esta candela y verás cómo nada tienes de ciego... ¿Puedes ya abrir la boca? Tendrás las quijadas como palos... ¡Mire usted que á estos extranjeros les llega el hambre... No se parecen á nosotros los indios, que somos capaces de durar días sin comer... Alevántate...

Me incorporé un poco y empecé á mascar unos pedacitos de tortilla remojada en caldo de frijoles.

— ¿Ya puedes? Claro que sí; si comer y rascar el trabajo es empezar...

Me levanté con algún trabajo y ya por mi propia mano pude comer lo que contenía el plato de barro que me daba la mujer.

— Así me gusta; esos son los sombrereros... Adelante... Ora un traguito de tequila... Es bueno, no es macuchi... Hasta verte, Jesús mío...

— ¡Refugio! gritó una voz enojada; basta ya de chiqueos á esos gabachos. Ven aquí, que todo está frío como hielo.

— Hombre, no seas injusto; mira á este mancebito que se estaba muriendo de hambre...



— ¡Oh, vaya, déjame! Soy muy dueña de hacer lo que se me antoje... Como si por ser gabachos no fueran cristianos... ¡Ah! ¡qué hombres, carambas!...

— ¡Refugio!

— ¡Que me dejes!

— ¡Refugio!

— ¡Que me dejes en paz, te digo!

— ¡Voy por ti!

— Ven cuando quieras, que no me asustas.

— ¿No te asusto? Vas á ver.

Llegó á poco, con el fusil en la mano y en la cara el gesto furioso, un indio que á la cuenta era el hombre de la caritativa Refugio.

— ¡Te he dicho que te vengas, grandísima!...

— Hombre, no seas injusto; mira á este mancebito que se estaba muriendo de hambre... Vele la cara y le encontrarás parecido con Nuestra Señora de Zitácuaro... ¡Probecito! apenas empieza á conocer á la gente.

— ¡Probe! ¡pero si es una criatura! dijo el soldado en voz triste. ¿Y qué le has dao, vieja maldita? A poco, frijoles.

— Frijoles y un traguito de vino.

— ¡Ah, qué tú tan diatiro!... Andale, amigo (por mí), cómete este pedazo de carne, que aunque saladita, está para alabar á Dios.

— ¿Y tú le das tu *troncha*?

— ¿Pos cuál otra había de darle?

Me rehusé á aceptar la carne, que en verdad me mareaba con su olorcillo apetitoso, pero el soldado me comprometió á cogerla.

— ¿Y por qué no la coges, tarugo? ¿Porque no es cosa rica? Pos que te traigan mistenques de la mesa de don Marsimiliano.

— ¡Es que hace falta para usted!

— ¡Si yo tengo de sobra, caramba!

— ¿De veras?

— De veritas.

Sin hacerme de rogar devoré la cecina tostada y sabrosísima, y cuando acabé ya me sentí capaz de batirme otras cuatro ó cinco horas. Una habría pasado cuando se abrió la puerta del corral y vimos entrar mucha claridad, tras la claridad muchos indios, y tras los indios á dos sujetos á quien hacían honores los numerosos coroneles y tenientes coroneles del ejército liberal. A uno de aquellos jefes alto, moreno, enjuto de rostro, barbudo, amarillento, de edad como de cuarenta y cinco años, ya le conocía: era Régules, el jefe chinaco á quien le debíamos la vida; el otro, gordo, gordo hasta parecer monstruoso, caminando con dificultad, con el aspecto risueño y la cara bonachona de quien se siente satisfecho de la parte que le ha tocado en la vida, era Arteaga, jefe de todo lo que se llamaba con cierta exageración ejército del Centro.

— ¿Cuántos son? preguntó Arteaga.

— Ciento ochenta, mi general, contestó Régules.

— Bueno sería contarles otra vez, ordenó el gordo.

Y empezó de nuevo la operación, difícil, cansada, repetida sin cesar; pero al fin perfecta tras las numerosas rectificaciones.

— Ciento ochenta, murmuró Arteaga... Bueno, quíntelos y fusílelos: el llanto sobre el difunto.

— ¡Mi general!... exclamó Régules espantado.

— Sí, hombre, ¿no ha oído usted? Fusilarles y nada más.

— Es que se han rendido con garantía de la vida.

— ¿Y quién le va á pedir á usted cuentas?

— ¡Mi conciencia, mi honor, mi gobierno! murmuró Régules, casi hermoso á causa de la indignación y del horror.

— No sea usted niño.

— ¡Señor general!...

Y se alejaron cogidos del brazo, hablando con suma agitación. Nosotros no veíamos más que el zarape rojo de Régules, iluminado por la antorcha de brea y la panza de Arteaga moviéndose á compás, como si estuviera asintiendo ó denegando á lo que el otro le proponía. A poco volvieron.

— Bueno, bueno, bien está; pero usted me responde.